Una fogata de remembranzas

Hacía una década de aquel suceso en el cual el pícaro duende, Brincatablón, había robado las memorias de las abuelas. Desde aquel entonces no se supo más de él. Salvo que se había mudado a la Patagonia Argentina en búsqueda de nuevos climas que le devolvieran su salud un tanto deteriorada. Entretanto, las abuelas, de tanto transcribir sus relatos, cuentos de terror, ficción, fantasía y de acción habían erigido grandes bibliotecas, con varios volúmenes de historias.

Por aquel entonces, nos encontrábamos con mis compañeras en una salida pedagógica con motivo de visitar las escuelas rurales de La Pampa, en ocasiones acampamos fuera de ellas cuando el tiempo invitaba, y nos la pasábamos contándonos historias, consumiendo las horas, extinguiendo las palabras, desaguando nuestras mentes, agotando las expresiones del lenguaje como las brasas de la fogata en los momentos finales de su combustión…

¡Qué recuerdos los de mi querida compañera Estefanía! Su desbordante talento para la literatura y su pasión por las novelas de amor y aventura, la convertían en la persona adecuada para pasar los largos días de travesía. Su ingenio parecía haberlo heredado de su abuela; de pequeña le contaba cuentos hasta saturarla.

Quiso la suerte ese día, que el famoso personaje que nombré al principio reapareciera… ¡y justo en nuestro campamento!

Apenas iba a iniciar mi relato de cómo conocí a Horacio Quiroga gracias a unos libros antiguos que pertenecieron a mi abuela, veo que una silueta espantosa se dibujaba a espaldas de mi compañera Rocío, que, ensimismada entre los sorbos que le daba a su mate y el sonido chispeante de la fogata no lo había sentido venir.

En ese instante, me apuró a tomar la cantimplora de acero que usábamos para cebar, arrojándole agua hirviendo sobre la cara. Inmediatamente la siniestra figura cayó desplomada sobre el césped, lanzando chillidos y sollozos de dolor. Mis compañeras estaban asustadas. Cuando me acerco con mi lámpara de aceite enfoco hacia el semblante del invasor, su rostro se me hacía muy familiar.

Vuelvo mi cabeza hacia Estefanía… su cara había palidecido en un tono que ni la nieve podría semejar… - *Es… es… es el duende… es ese duende que solía robarle a las viejitas sus historias... ¡juro que se trata de él! Lo vi en una foto.* -

En ese momento supe de mi precipitada acción, que posiblemente me podría traer consecuencias vinculares. Ya se tendía sobre mí una mirada incriminadora sobre mi persona, que empezaba a multiplicarse con el correr de los segundos... No lo dudé, supe que este duendecito no tenía malas intenciones.

En seguida lo cargué entre mis brazos y nos subimos al auto de Andrea, de camino al hospital más cercano intenté hacerle unas preguntas al duendecillo, que sin voltearme la cara, permanecía mudo. En cuanto estuvimos allá todo parecía, desde nuestra percepción, que el pronóstico no sería muy alentador. Más sin embargo, este duende contaba con una particularidad que lo hizo correr con mucha suerte: su piel era 4 veces más gruesa que la de nosotros los seres humanos. De modo que sólo sufrió leves quemaduras transitorias, aunque el ardor persistiría un par de días.

Cuando nos dejaron ingresar a la sala, vimos por primera vez su cara, que, aunque no necesitó vendajes, dejaba entrever un color rojizo anormal.

Quedé impactado al mirar sus facciones, su cara se aproximaba mucho al de un niño, a pesar de que su voz era más grave.

Cuando logramos entablar conversación con él, fuimos descubriendo un poco más de su vida. ¿Y cuál era su gran secreto? Los cuentos lo rejuvenecían, porque pese a que pasaran los años, él tenía la cualidad de alimentar su alma con historias graciosas y cuentos que devolvieran a la infancia a los adultos, como era su caso...

En fin, por supuesto que le pedí las disculpas correspondientes. Además, lo invitamos a que conociera nuestra cultura, nuestras comidas típicas, que riera de algunas de nuestras extravagantes costumbres. Como haber hecho del fútbol nuestra religión, las juntadas para los asados, las cábalas, etcétera.

Parafraseando el dicho, no hay mal que por bien no venga, creo firmemente que los amigos que se ganan por accidente poseen un valor inestimable.

Y colorín, calorón, este cuento ha llegado a su conclusión.

Los/as autores de esta reversión de “EL DÍA EN QUE LAS ABUELAS PERDIERON LA MEMORIA, de Oscar Salas” son los/as estudiantes de segundo año del Profesorado de educación primaria:

- Estefanía Beranek
- Andrea Prado
- Gabriel Argarañaz
- Nahir Lagos Murias
- Roció Videla